

liberales en ocasión que tan propicia les presentaba la fortuna. El baron de Meer que se hallaba aperebido del intento de los carlistas de penetrar en el territorio de su mando, si bien es de tener en cuenta que no contaba con fuerzas suficientes para impedir al enemigo el paso del Cinca, pudo al menos inutilizar ó retirar las barcas, cortar los puentes y vigilar los vados.

No lo hizo, y mayor fué todavía la falta en que incurrió el brigadier Grases, comandante general de la provincia de Huesca, que habiendo recibido órdenes terminantes de Oraá para destruir las barcas de Estadilla, no les dió cumplimiento, dejándolas disponibles para el enemigo que se aprovechó de ellas para trasladarse á la orilla izquierda. También cupo responsabilidad á Oraá por haberse detenido en Berbegal en vez de haber seguido la retirada de don Carlos, cuya retaguardia pudo picar y aun dificultar á la expedición el paso del río; y tan evidente es que estuvo en la mano de Oraá haber embarazado grandemente á los expedicionarios, que todavía llegó á tiempo Buerens para hostilizar el embarque del 4.º batallón de Castilla que no había aun pasado el río, la mitad de cuya fuerza quedó prisionera, habiendo perecido la otra mitad ahogada por haber preferido arrojarse al río por no caer en manos de Buerens.

Las faltas imputables á los jefes liberales eran tanto mayores cuanto del ministerio de la Guerra partieron con oportunidad anticipadas instrucciones que encarecían la importancia de operar sobre la línea del Cinca en la que sería posible dar fin de la expedición.

Al salir el Pretendiente de Estella observamos que el personal civil y eclesiástico que lo acompañaba daba indicios de que la parte militar y estratégica de la operación preocupaba menos á sus instigadores que las ilusiones que alimentaban respecto á que los pueblos se levantarían en masa, en cuya prevision se quería llevar un plantel de empleados que tomasen en mano el gobierno de las provincias que se fuesen ganando.

Desde los primeros días de marcha fué visible en el cuartel real que el influjo de los cortesanos y *ojalateros* superó al de los caudillos militares.

Hízose palpable la disidencia con motivo de haber don Carlos descartado el parecer de su jefe de E. M. Gonzalez Moreno, quien despues de la acción de Huesca propuso que se tomase la dirección de Aragón para reunirse á Cabrera á fin de que reforzada la expedición con los batallones y escuadrones que este pudiese reunir, se abriese paso á Castilla. Pero la camarilla eclesiástica fué de distinto parecer. Insistió esta en la idea de ir primero á Cataluña, deseosa de no acercarse á Madrid sino llevando resuelta la cuestión política por medio de las adhesiones que del fanatismo provincial llevase recogidas en favor de una restauración tallada sobre el patron de la preparada por Elío en 1814, y por don Víctor Saez en 1823.

El E. M. de don Carlos veía pues sus planes contrarestandos por los de los cortesanos. Gonzalez Moreno opinó despues de la acción de Barbastro como ya había opinado en Huesca, que la expedición debía dirigirse al Maestrazgo buscando el apoyo de la plaza de Morella y acabando de organizar las fuerzas que debían marchar sobre Madrid. Pero la camarilla y señaladamente los canónigos Saenz y Echevarría, Fr. Domingo y Arias Tejeiro persistían en la ida á Cataluña donde tenían clientela á su devoción, y el influjo de estos cortesanos venció el del jefe de E. M. y el del auditor del cuartel general Ariaga, consultado en apoyo de la opinión de Gonzalez Moreno, sin que sin embargo bastase la claridad y entereza con que el E. M. habló á don Carlos para apartar á este príncipe de seguir los consejos de su camarilla.

Decidióse en su consecuencia la marcha á Cataluña, y conocido que fué ser este el destino de la expedición, Oraá que en aquellos días había conferenciado con el baron de Meer, entregó á este el mando de las fuerzas á cuyo frente había operado, dirigiéndose á Zaragoza para reasumir el ejercicio de su autoridad de capitán general y en jefe del ejército del centro.

El 6 de junio hizo don Carlos su primera etapa en tierra de Cataluña, pero las comarcas de Estaña, Rivagorzana y Arber-

da por donde penetró eran tan miserables que no pudieron suministrar raciones y hasta la comitiva régia halló dificultad en procurarse alimentos. El 8 se detuvo el cuartel general en Tartareu para dar descanso á las tropas, sin que en punto á subsistencias hubiese mejorado la situación, pues hasta el mismo don Carlos hubiera carecido de pan, á no haber sido él y sus más íntimos, partícipes de unos panecillos negros y de mal sabor preparados para una boda.

En los siguientes días continuó la misma escasez de víveres, lo que llevaba muy disgustada á la tropa y mohinos á los magnates que seguían la corte y que ni aun por dinero hallaban víveres, fenómeno que se explica por la circunstancia de que los habitantes del país ocultaban las provisiones, por ser tan grande la desproporción entre las necesidades alimenticias normales en aquellos míseros pueblos y la demanda ocasionada por la inesperada inmigración de los expedicionarios.

Del 5 al 11 de junio habíanse reunido á estos varias partidas catalanas, cuyo estado de organización y disciplina no realizaba las esperanzas que habían hecho concebir los promovedores de la entrada en Cataluña. La falta de víveres dió lugar á actos de pillaje, pues desde la salida de Barbastro había cesado la distribución diaria de raciones, siendo general el disgusto contra la marcha que llevaba la expedición. El día 11 se hallaban bastante cercanas unas de otras las fuerzas expedicionarias reforzadas por varias partidas catalanas y las tropas que á su encuentro conducía el baron de Meer. Don Carlos había pasado el río Segre y bajado al pueblo de Grá, y en el mismo día y dando frente á las posiciones escogidas por el Pretendiente, llegaba á Agramunt el capitán general de Cataluña.

Presentaba en línea el infante don Sebastian, que continuaba revestido del cargo de generalísimo, catorce mil infantes y ochocientos caballos. El baron solo reunía once mil quinientos hombres de todas armas. Las posiciones ocupadas por el último se apoyaban en alturas defendibles en caso de retirada, y á su espalda poseía varios puntos fortificados con almacenes y repuestos. El terreno escogido por el enemigo era llano y ofrecía campo para la persecución si llegaba á ser vencido. Un arroyo de agua corriente separaba los dos campos.

Convenía á los carlistas atraer á los liberales á la llanura, y al intento maniobró por órden de Gonzalez Moreno la división castellana apoyada por batallones del Ros de Eroles; pero el baron, soldado de tanta sangre fría como resolución, no se prestó á la provocación. Impaciente el enemigo por la calculada inacción de Meer, atacó con vigor á los cazadores de Oporto, y comenzaba á desordenarlos cuando una carga del coronel de lanceros de la Guardia, don Juan Zavala, acabó de ensangrentar la jornada ya seriamente empeñada. Hizola más tenaz y más reñida el avance de la división castellana con el valiente general Sanz á su cabeza, cuyas cargas supo resistir sin ceder terreno la infantería del baron. Despues de horas de pelea y de derramarse sangre en abundancia, hallábanse extenuados de fatiga los batallones castellanos, momento crítico que aprovechó el baron para darles una carga á fondo. El *magister equitum*, el bizarro y malogrado Diego Leon, arrolla á los carlistas, hace dueños á los liberales de las posiciones de Morana y San Martín, ocupadas por la línea carlista, compeliendo á estos á una retirada que hubiera degenerado en desastrosa derrota sin la serenidad y bravura con que los jefes carlistas contuvieron el pánico que sobrecogió á sus soldados, y si menos cautó el baron hubiera consentido en que su victoriosa caballería, continuando la persecución, hubiese hecho prisionero un buen número de batallones. Impacientes don Diego Leon y don Juan Zavala de seguir la pista del enemigo, tuvieron que ceder y detenerse á las reiteradas órdenes del baron para no continuar la persecución.

Se han criticado estas disposiciones de Meer, en cuya defensa cabe alegar que si mucho pudo esperarse de la bizarría de los jefes de nuestra caballería, no hay que olvidar que la de don Carlos, casi igual en fuerzas, se hallaba intacta, y que las jornadas de Huesca y Barbastro habían dado la medida de la solidez de la infantería enemiga. Empeñar una segunda batalla, ganada como lo había sido la primera, era tentar la

fortuna, que no venía siendo muy propicia á las armas de la Reina, cuyas bajas en aquel día, no insignificantes por cierto, habían dejado cien cadáveres tendidos en el campo, y hecho retirar quinientos heridos. Dos brillantes jefes, los brigadieres Clemente y Doddgins, el último de los cazadores de Oporto, sellaron con el sacrificio de su vida la notoriedad de sus prendas militares.

Más si juzgamos defendible en el baron no haber lanzado su caballería en el momento decisivo, contenido como probablemente lo estuvo por el recuerdo de que pocos días antes la firmeza de la infantería carlista tuvo comprometida esta misma brillante caballería cuyas cargas resistió, no disculpáremos del mismo modo al baron de la falta que sin duda cometió en no haber seguido la pista de los expedicionarios, una vez que se hubiese desembarazado de sus heridos, y ocasión era también de haber llamado á Oraá á que cooperase con alguna fuerza y tratado de consumir la ruina de los carlistas, que caminaban rendidos de fatiga, faltos de subsistencias y embarazadísimos con una muy larga impedimenta.

Despues de haber descuidado de esta suerte utilizar las consecuencias de una jornada gloriosa, el baron se encaminó lentamente á Tárrega y á Cervera, dejando á los carlistas en libertad de dirigirse donde mejor les conviniese, como lo hicieron encaminándose á Castellfolit y Solsona, en cuyo último punto hizo su entrada don Carlos el 2 de junio.

Continuó siendo penosa la marcha de la expedición por territorios áridos y faltos de recursos. El servicio de raciones no mejoró, y reducidos los soldados á no comer ó á robar al paisanaje, se hizo imposible mantener la disciplina. En los días que estacionó la expedición en el barranco de la Hevera, las tropas se alimentaron con solo trigo cocido. Allí recibió don Carlos una diputación de Cabrera invitándole á que pasase el Ebro, cuya operación se comprometía á proteger, al mismo tiempo que ofrecía á su Rey abundantes recursos en cuanto pisase tierra de Aragón.

Lisonjeado don Carlos con estas ofertas, y habiendo sido tan desengañada la experiencia de su estancia en Cataluña, resolvióse á seguir el itinerario aconsejado por Cabrera, y como preliminar de un nuevo sistema que se propusiese seguir, se deshizo de una parte de sus acompañantes del órden civil, disponiendo la marcha á Francia de buen número de *ojalateros*. Al marqués de Villafraña lo nombró don Carlos su representante en Viena, é igual cargo recibieron cerca de la corte de Turín el marqués de Monasterio y de la de San Petersburgo el conde de Orgaz.

El poco lisonjero aspecto de la expedición no entibiaba el celo del clero catalán en nombre del cual acudieron al real de don Carlos los obispos de Lérida y de Solsona, portadores de felicitaciones y de preces, toda vez que el cambio experimentado en las finanzas eclesiásticas no permitía aquellos suntuosos subsidios con que en la primera guerra civil y en el comienzo de la segunda, los cabildos de España engrosaban el erario de la reacción.

En Solsona recibió don Carlos la segunda visita del baron de Milanges, de quien ya hemos hablado, oficioso portador de secretas negociaciones entre la corte de Nápoles, la de Madrid y la diplomacia personal de Luis Felipe. Reiteró el baron á don Carlos las probabilidades de una avenencia con la Reina gobernadora, avenencia cuyas probabilidades de éxito había que ir á buscar acercándose á Madrid, en vez de vagar por las provincias afrontando combates de un éxito dudoso.

Arias Tejeiro contestó al baron, en nombre de don Carlos, ser el propósito de este marchar sobre la capital de España, propósito que si no se había ya efectuado, debía ser atribuido á causas ajenas á la voluntad del príncipe, pero que esperaba este que pronto se realizara, y que interin esto se verificaba podría el baron situarse en el punto del extranjero que más le conviniese, desde el cual podría corresponder con el cuartel real al que podría también seguir si así lo estimaba conveniente.

El 20 de junio salió la expedición de Suria en dirección á la ribera del Ebro y á los puntos designados por Cabrera. Los siguientes días hasta el 28 en que don Carlos pernoctó en Margolít, su marcha continuó ofreciendo acrecentadas las

mismas penalidades y privaciones sufridas desde que la expedición puso el pié en Cataluña. La falta de víveres, la miseria del país y los calores excesivos acabaron de romper los vínculos de la disciplina, haciéndose general el robo á los vecinos de los pueblos, no solo de los alimentos, sino del calzado, ropa y de cuantos objetos de inmediato uso podían apoderarse los hambrientos soldados.

CAPITULO IV

Continúa la expedición de don Carlos

Paso del Ebro.—Don Ramon Cabrera.—Despues del paso del Ebro.—La batalla de Chiva.—Marcha de Espartero al Centro.—Expedición de Zaratigui.—Primera venida de Espartero en auxilio de Madrid.—Movimientos de don Carlos y de Espartero.—Estado de Madrid á la aproximación de don Carlos.—Retirada de don Carlos.—Su regreso á las provincias Vascongadas.

Cambió de repente la mísera condición que había acompañado al itinerario de la expedición desde su paso del Cinca, en cuanto dió vistas á las márgenes del Ebro. Presentóse ante los aburridos peregrinantes, cansados de contemplar estériles y secos horizontes, una rica y frondosa vegetación. Viñedos, huertos, caseríos, frondoso arbolado, pueblos cercanos unos de otros, trasportaban á los expedicionarios á una verdadera tierra de promisión. La cordialidad con que eran recibidos por los habitantes guardaba pareja con la hospitalidad del clima, y á tal punto era expresivo el entusiasmo carlista en aquella comarca, que de los pueblos que se hallaban al alcance de las baterías liberales de Mora de Ebro y de Tortosa acudían los curas seguidos por los feligreses á felicitar y á vitorear á don Carlos.

El 29 hallábase la expedición á la orilla izquierda del Ebro dando frente á Cherta, punto designado para el pase y trasbordo de los expedicionarios. Cabrera, que se veía comprometido á proteger el paso, desplegó una actividad, una energía y tanta prevision é inteligencia, que habrían bastado para adquirirle, si ya no lo tuviese ganado, el concepto de entendido hombre de guerra.

La operación de franquear el Ebro era delicada, toda vez que Nogueras ocupaba á Mora y Borso á Tortosa. De la reunión de las fuerzas de estos dos jefes dependía el éxito de sus operaciones, mas como los separaba el río, tenían que concertar sus movimientos y disponer de barcas en suficiente número para trasportar á los expedicionarios, pero estas mismas barcas tenían que venir de Tortosa donde no podían menos de ser detenidas las que intentase emplear Cabrera. La fecunda iniciativa de este no se paró ante tan serio obstáculo. Voló á la Rápita, requisó barcas y cábricas, las hizo desarmar y en carros trasportó el material que le era necesario. Asegurados los trasportes, restábase impedir que Nogueras se uniese á Borso, y fué tan excesiva la vigilancia de Cabrera que logró interceptar todas las comunicaciones que mediaron entre los dos jefes liberales, los que no recibiendo partes, no se movieron. Aunque Nogueras lo hubiese hecho, habría hallado interceptado su paso por las compañías de preferencia colocadas por Cabrera en el desfiladero de Armas del Rey, fuerza que puso al mando de Partegás, hombre de cuya lealtad y nervio estaba Cabrera tan seguro que no dudó de que á ejemplo de Leónidas en las Termópilas, Partegás se haría matar antes de consentir que Nogueras pasase.

En la expectativa de que el último haría su aparición, ocupó Borso una línea de posiciones paralela á las de Cabrera y que le hacían dueño del camino que Nogueras debía traer. Colocó además reservas en puntos convenientes para no ser envuelto por Cabrera y permanecer en comunicación expedita con Tortosa.

Á la aproximación de Borso movióse Cabrera acercándose á Cherta, cuidando de hacer trasladar río arriba las lanchas, las almadías y los víveres. Desembarazado entonces de su impedimenta, se dirigió al pueblo de San Mateo, y colocándose en su ermita y dando frente á Borso descubría con la vista á los expedicionarios formados en la orilla opuesta esperando que Cabrera diese la señal de embarque.